

Yolyn Am, valle de rocosos acantilados en Gobi, dentro del PN Gurvansaikhan.



El desierto de Gobi

Rodolfo Vera Calderón viajó a Mongolia con sus padres, Rosenda y Rodolfo, a explorar esta zona inhóspita, tierra de dunas y vientos intensos que Marco Polo describió en sus diarios como parte de “la ruta de la seda”.





Dos mujeres rezan alrededor de una gran "khor", estructura cilíndrica de madera. **AL LADO** La estatua de Migjid Chenrezig, recubierta en pan de oro y piedras preciosas.



Un par de monjes ingresan al Templo Vajradhara. En su interior hay una estatua de Buda que data de 1683.

El primer desierto que visité fue el del Sahara, en 1991. Tenía 13 años y me encontraba de visita en Marruecos con mi familia. Todo lo que había leído en los cuentos de mi infancia se hacía realidad: dunas inmensas de arena dorada con camellos, tiendas de lona blanca situadas sobre algún oasis y hombres vestidos con impolutas chilabas que preparaban tajín de cordero con cuscús mientras sus mujeres cantaban. Me quedé con esa idea de lo que era un desierto. Pero el de Gobi –significa “desierto” en mongol– me hizo descubrir un mundo que jamás imaginé que existiría. Con sus siglos de historia y la magnanimidad de sus paisajes, me hizo entender lo importante que es la conexión entre el hombre y la naturaleza. Mi primer contacto con Mongolia lo tuve cuando en mis años de universidad leí la biografía de Gengis Kan (1162-1227), escrita por Michael Prawdin a mediados de los años 30, que se dice fue uno de los libros de cabecera de Adolf Hitler. En dicha obra, el escritor ruso británico habla del Gobi como una tierra árida e inhóspita, pero desde la que el más grande conquistador de todos los tiempos comenzó a expandir su imperio. Desde entonces, siempre tuve en mi lista de deseos a esta región de casi 1.3 millones de kilómetros cuadrados ubicada entre el macizo de Altái (al norte), las montañas

Pamir (al este), las montañas Gran Khingan (al oeste) y los bordes septentrionales de la meseta tibetana (al sur). Así fue que comencé a investigar sobre la forma más cómoda para visitar uno de los escenarios más representativos de la famosa “ruta de la seda”. Aconsejado por un amigo coreano, me puse en contacto con Juulchin (www.juulchin.com), la agencia de turismo fundada en 1954 por Jamsrangiin Sambuu, el líder que encabezó la revolución socialista aliada de la URSS, regentada por el gobierno mongol. Después de una grata sorpresa por su excelente atención, planeé con mis padres un viaje de diez días para el mes de abril que incluía a Gobi y Karakórum, la capital del imperio mongol durante el siglo XIII, en la que permanece uno de los monasterios budistas más antiguos de Asia. Elegimos la primavera porque consideramos que nos salvaría tanto del crudo invierno como del sofocante verano. Y no nos equivocamos.

ULAANBAATAR, LA CAPITAL

La entrada al país la hicimos por Ulaanbaatar, adonde llegamos en un vuelo desde Seúl. Nos hospedamos en el *Khan Palace* de la cadena Kempinski, un hotel que a pesar de sus años me sorprendió por su servicio y la calidad de su restaurante de especialidades

japonesas. Urjee, nuestra guía, fue nuestra fiel aliada. Licenciada en Historia y con un español impecable, nos mostró la ciudad y sus alrededores. Víctimas de un tráfico infernal –una ironía en el país considerado con menos densidad poblacional del mundo–, nuestra primera parada fue el Monasterio Gandan, el más importante del país y uno de los pocos que resistió las purgas religiosas sufridas por el budismo en 1937. Después de haber presenciado la oración de los monjes, seguimos hacia la plaza Sükhbaatar, el lugar social y político más representativo para los mongoles, donde en 1990 nació el movimiento que llevó de vuelta la democracia al país, después de haber sufrido una dictadura de corte comunista por más de 66 años. Paramos para almorzar y el recorrido siguió por el Palacio de Invierno, residencia de Jebtzun Damba Hutagt III, último rey del imperio mongol y considerado el octavo buda viviente de Mongolia. Entre las cosas que más llamaron mi atención estaban la declaración de independencia de China de 1911 y una enorme “ger” (también llamada yurt) utilizada por Su Majestad y fabricada con la piel de 150 leopardos de nieve. Luego paramos en el Museo de Historia Natural y disfrutamos de las maravillosas vistas que se aprecian desde el Memorial de Zaisan, construido por los soviéticos en memoria de sus héroes de

guerra y en el que se exhiben algunos de los tanques con los que el ejército mongol peleó durante la Segunda Guerra Mundial.

DUNAS, NÓMADAS Y CAMELLOS

La verdadera aventura comenzó cuando emprendimos viaje a bordo de una 4X4 hacia Dalanzadgad, nuestra base para recorrer el desierto de Gobi y capital de la provincia de Ömnögoví. Después de avanzar 540 kilómetros hacia el sur, nos adentramos en un mundo fascinante, un terreno de tierra desnuda, matorrales dispersos, barrancos y pequeñas colinas. Mientras yo comparaba el paisaje con el de un mar rizado por la fuerza del viento, Urjee nos explicaba que en Gobi no hay un solo río permanente y que el viento puede ser tan fuerte que muchas de sus colinas de arena fina y color rojizo se mueven constantemente de lugar, lo que hace que simulen el oleaje de un mar agitado. De buenas a primeras vimos una manada de camellos que pastaba los escasísimos pastizales de la llanura. Aunque la temperatura apenas llegaba a los 2° y la superficie podía aún verse blancuzca por las últimas tormentas de nieve, los mamíferos artiodáctilos transmitían una paz que se acentuaba con el ruido del viento y el muy bienvenido calor del sol. Al atardecer llegamos a destino y nos



hospedamos en el hotel *Khan Uul*, considerado el mejor del lugar. Al día siguiente emprendimos viaje hacia las dunas Khongoryn Els, el plato fuerte del Parque Nacional de Gobi Gurvansaikhan y consideradas las dunas más grandes y espectaculares de toda Mongolia. En el camino a campo traviesa, en el que el chofer se guiaba por las montañas, entendí perfectamente lo que escribió Marco Polo en sus diarios de viaje cuando cruzó el desierto de Gobi en 1275, trazando lo que sería la ruta de la seda. Después de casi 180 kilómetros al costado de las montañas de Gurvansaikhan, hicimos una pausa para almorzar en una ger, típica tienda de campaña utilizada hasta hoy por los nómadas que tiene sus orígenes en la Edad Media, cuando los mongoles se vieron obligados a tener una vivienda acorde a sus constantes desplazamientos. Finalmente nos acercamos a una de las dunas más altas, con más de 300 metros, desde la que se puede apreciar la inmensidad de este conjunto de montículos de arena con 12 kilómetros de ancho y 100 kilómetros de largo. Por suerte, éramos los únicos turistas que visitaban la zona ese día, por lo que pude sentir la majestad grandiosa de la uniformidad que aporta la idea de lo infinito. Con esa sensación de paz emprendimos el regreso hacia Dalanzadgad. A los pocos kilómetros se desató una intensa tormenta



Tierra desnuda, barrancos y pequeñas ondulaciones definen el paisaje de Gobi. **AL LADO** Detalle del techo de una ger, típica tienda de campaña nómada. Un camello, especie domesticada por los mongoles.

de nieve y la luz del sol se opacó como en el peor día de lluvia. Las montañas se volvieron invisibles y el chofer perdió el rumbo. La nieve no cesaba y el viento soplaba con muchísima fuerza. En un momento, y percibiendo el nerviosismo del conductor, le preguntamos a nuestra guía si estaba todo bien. Nos contestó que estábamos un poco perdidos, pero trató de tranquilizarnos. Seguimos hasta que, por miedo a perder las últimas horas de luz, le pedimos al chofer que parara y regresara sobre el mismo camino por el que habíamos venido, que se podía distinguir vagamente sobre la nieve. Después de unos minutos de discusión entre la guía y el conductor, pegamos la vuelta y, de repente, el auto cayó en una zanja que produjo que la goma delantera derecha explotara por el impacto. Mi padre se golpeó fuertemente una de sus clavículas y el pánico se apoderó de nosotros. Si el chofer no conseguía reemplazar la goma, era probable que muriéramos congelados y tapados por la nieve. Pero el auto pudo hacer marcha atrás y salir del enorme agujero. Parecía que habíamos salvado nuestras vidas, pero faltaba encontrar nuestro camino a una ger. Seguimos nuestra intuición y, cuando el sol se había escondido, vimos una de las típicas tiendas de campaña encendida y con su chimenea humeante. Eso indicaba que

adentro había gente y que estábamos fuera de peligro. Después de explicarles lo ocurrido, uno de los integrantes de la familia nómada que nos auxilió se ofreció a llevarnos de regreso a la ciudad. Nosotros, todavía atemorizados, le confesamos que no queríamos volver a pasar por una situación similar, pero él nos aseguró que hacía ese recorrido todos los días. Empezamos el regreso, inmersos en un silencio lleno de reflexión y alivio. Superada la angustia, al día siguiente visitamos los Acantilados Lameantes o Bayanzag, donde se realizaron importantes hallazgos de especímenes de Velociraptor y los primeros huevos de dinosaurio. Según nos contó Urjee, la zona fue bautizada en 1920 por el paleontólogo estadounidense Roy Chapman Andrews debido al intenso color anaranjado que hace brillar a las rocas. La jornada terminó con un almuerzo ofrecido por una familia nómada típica y un divertido paseo a camello. Después de todo lo hostil que puede resultar Gobi, es a la vez uno de esos lugares del mundo donde uno comprueba que viajar es la mejor forma de sentirse vivo.

RODOLFO VERA CALDERÓN
rovera77@gmail.com



Rodolfo y su madre, Rosenda, en el desierto. **ARRIBA** Entrada al monasterio de Erdene Zuu.

¿QUIERE CONTAR SU VIAJE?

Para participar en esta sección, escriba un e-mail (o envíe una carta por correo), con asunto "Cuento mi viaje", proponiendo la nota, informando cuándo, cómo y con quién realizó el viaje. Si es aceptada, los lectores serán contactados para que envíen entonces el texto y las fotos. Es indispensable contar con un mínimo de diez fotos del destino, una de las cuales debe ser del autor en ese sitio. Quienes tengan sus artículos ya escritos podrán enviarlos para ser evaluados. La extensión será de un máximo de 10 mil caracteres (entre 3 y 4 páginas). LUGARES se reserva el derecho de publicación de acuerdo con sus criterios editoriales.